

CAPITULO II.

Primera expedición de Colon. — Contrariedades que hubo de sufrir durante su viaje. — Primeros descubrimientos. — Las Lucayas. — Cuba, la Española. — Regreso de Colon. — Su recibimiento en Barcelona.

UNAS ciento veinte personas componían la tripulación de los tres pequeños buques, de los que la *Pinta* y la *Niña* no eran más que unas carabelas ó buques ligeros sin cubierta, y la tercera, aunque algo mayor, tampoco era gran cosa.

El coste de la expedición no pasó de unos diez y siete mil ducados, y por esta cantidad puede juzgarse lo reducido de aquella y la exigüidad de los elementos empleados para una empresa tan colosal.

Llevaban víveres para doce meses, y los tres buques, impulsados por un favorable viento, llegaron á las Islas Canarias, donde echaron el ancla.

Hasta entonces la confianza y la alegría reinaron entre aquellas gentes, aventureras en su mayoría, que formaban parte del equipaje de aquellas embarcaciones, mas por el botín que pensaban recoger de la expedición, que por la gloria que esta pudiese reportarles, que en bien poco la tenían cuando tanto hicieron padecer á su iniciador.

Pero desde el momento en que zarparon de las Canarias y se aventuraron en las inmensidades del mar, llegó la desconfianza y el recelo respecto á lo desconocido, y entonces verdaderamente dieron comienzo los sufrimientos y las penalidades del marino genovés.

Ora tenía que apaciguar el motin que amenazaba tomar proporciones formidables, ora empleando la persuasión y el ruego, haciendo promesa sobre promesa, podía conseguir calmar á sus indóciles compañeros.

¡Cuánto debió sufrir el atrevido navegante, el sábio lleno de fe en su idea, que tenía la seguridad de encontrar el mundo que había soñado, que adivinaba estaba cerca de él, y sin embargo, estaba á punto de tener que renunciar á su posesión!

Un mes hacía que las tres naves salieron del puerto de Palos y aquel nuevo mundo ofrecido por Colon no se presentaba á su vista, burlando á cada momento sus esperanzas.

Perdidos en las inmensidades del mar se juzgaban ya los que acompañaban á Colon, y faltos de confianza y de fe manifestaron su propósito de volver el rumbo hácia España, regresando al país que no debieran haber abandonado.

«Tres días no mas; dadme tres días,» les decía Colon con el acento trémulo y la angustia en el corazón, «dadme solo tres días y si en ese espacio no descubrimos la tierra, regresad á España en buena hora (1).»

Accedió la tripulación á su demanda, y fácilmente puede comprenderse el dolor que experimentaría el sábio genovés viéndose obligado á renunciar al fruto de tantos desvelos cuando mas próximo la tenía.

¡Con cuanto fervor no rogaría al cielo en aquellas largas horas de agonía!

Felizmente, Colon había depositado su confianza en Dios, y Dios no le abandonó en momentos tan suplicados.

Al segundo día de los tres concedidos, comenzaron á aparecer en el mar objetos que revelaban la proximidad de la tierra, al amanecer del tercero, estendiéndose ante los ojos de aquellas gentes sin fe y sin confianza una costa cubierta de verdura, y el día 12 de octubre de 1492, aquella misma gente que no hubiese vacilado en dar la muerte á Colon si se hubiese opuesto á sus designios, humillaba su frente ante aquella tierra de promisión, dando gracias al Criador y pidiendo humildemente perdon al hombre de cuya ciencia había dudado.

Colon, con la espada en la mano y el pendon de Castilla en la otra, olvidó en aquel momento todas las penalidades sufridas, todos los desengaños pasados; allí estaba la tierra que él había soñado: el loco, el visionario había tenido razon, y los sábios, los profundos teólogos de Salamanca habían quedado vencidos.

¡Oh! aquel momento solo debió compensar á Colon completamente de todo cuanto hasta entonces sufriera.

Aquella tierra, llamada por los naturales Guanahani, fue bautizada por Colon con el piadoso nombre de San Salvador, porque efectivamente, su salvacion había sido su aparición en aquellos momentos.

Asombrados los naturales con la aparición de aquellas estrañas gentes, creyéndoles monstruos marinos abortados por el mar durante la noche, huyeron aterrados al principio, pero tranquilizados poco á poco, acercáronse á ellos, y llenos de infantil sorpresa contemplaban sus vestidos, sus armas y sus semblantes, tocando los unos y las otras llenos de admiración.

Porque todo era nuevo y estraño para ellos. Cobriza su tez, la de los recién llegados era completamente blanca; desnudos ellos, cubrían los otros sus carnes con ricos trajes ó con brillantes armaduras, y armados estos con sencillas lanzas, usaban aquellos espadas de afilado corte.

Por una multitud de baratijas de escasísimo valor, dábanles el oro y todos los demás productos de su país, y una vez despertada

(1) Washington Irving no cree que Colon hiciese esta concesión á los suyos, fundándose en que ni Pedro Marir, ni el cura Palacios, ni su hijo Fernando al relatar aquella expedición nada dicen. Nosotros seguimos en esto á nuestros primeros y mas ilustrados historiadores.

la codicia de aquellos aventureros, prometieron á su Almirante no abandonarle jamás.

La isla descubierta pertenecía al archipiélago de las Lucayas, y poco despues, Colon, que de nuevo se había lanzado al mar en busca de nuevos territorios, fue sucesivamente descubriendo otras tres islas á que puso los nombres de Santa María de la Concepcion, Fernandina é Isabela.

Desde estas dirigió el rumbo en direccion al Sur en busca de mas ricas regiones, que eran el bello ideal de sus ensueños, y aportó por fin á una isla que era mucho mas grande y fértil que las Lucayas.

Los insulares llamábanla Cuba, pero Colon la dió el nombre de Juana en honor del príncipe de Asturias, y prosiguiendo su marcha llegó á Haiti, que denominó La Española, y mas tarde Santo Domingo.

Por donde quiera que había ido fue estableciendo amistosas relaciones con los naturales, asegurando con destreza y afecto su dominio sobre ellos.

En este punto se fue á pique la nave capitana, y como que á consecuencia de las disensiones que ya hemos mencionado durante el viaje se le hubiese separado Alfonso Pinzon, que navegaba con la *Pinta*, quedóse reducido á la carabela *Niña*.

Semejante estado obligóle á pensar en su regreso á España, al objeto de dar parte del resultado de su expedición y proporcionarse nuevos recursos.

Felizmente había encontrado entre aquellos insulares un afecto y una benevolencia superiores á todo elogio.

En el diario de su viaje hace el mismo Colon una descripción animada y sencilla de las pruebas de cariño que en aquellas circunstancias le dió el cacique Guacanagari y sus vasallos.

Legua y media distaba la habitacion de aquel del punto en que ocurrió el naufragio, é inmediatamente dispuso que todas sus gentes con cuantas canoas chicas y grandes encontrasen á mano acudiesen á ayudar los españoles.

El mismo cacique, vertiendo sinceras lágrimas al ver la aflicción de Colon, suplicábale que no se dejase abatir por el dolor disponiendo de cuanto él poseía como si fuera suyo.

Merced á esta ayuda pudieron salvar la mayoría de los efectos del buque, cuidando Guacanagari de que todo fuese transportado á tierra, facilitando algunas casas para depositarlo y poniendo una guardia para que lo custodiase.

De gran consuelo sirvieron á Colon en aquellas circunstancias semejantes demostraciones, porque la pérdida de la *Santa Maria* tenía una importancia extraordinaria, máxime despues de la defecion de la *Pinta*.

«Tan amorosas, tan tratables y pacíficas son estas gentes, — dice el mismo Colon dirigiéndose á los Reyes — que juro á VV. AA. que no hay en el mundo todo, ni mejor país ni mejores gentes.»

La pérdida de la *Santa Maria* obligó á Colon á apresurar su marcha á España, segun ya hemos dicho, aprovechando el único buque que le quedaba dejando suficientemente garantida la seguridad de la gente que había de quedarse allí.

Para este efecto, construyó en la Española un fuerte de tierra y madera y artillándole con las piezas del buque naufragado, dejó varios soldados para su custodia, y se dió al mar haciendo rumbo hácia España.

En enero de 1493 emprendió el viaje, y dos días despues se le reunió la *Pinta* y su capitán, pero en las Azores hubieron de sufrir un temporal tan deshecho, que temeroso Colon de que su descubrimiento quedase ignorado, arrojó al mar dos barriles embreados, dentro de los cuales iba una relacion de su maravilloso viaje.

Por fin, calmó la tempestad, y la *Pinta* pudo arribar á las costas de Galicia, y la *Niña* y Colon con ella, á Lisboa.

No sin envidia vieron los portugueses el regreso del atrevido navegante á quien despreciaron, y aun trataron, á lo que parece, de darle muerte para impedir que Fernando é Isabel pudiesen aprovecharse de los descubrimientos del sábio marino; pero el rey don Juan II le colmó de atenciones, haciendo cumplida justicia á sus vastos conocimientos.

El 15 de marzo de 1493, á los siete meses y once días de su salida del puerto de Palos, hacía de nuevo su entrada en él.

Los Reyes Católicos hallábanse á la sazón en Barcelona, y al tener noticia del regreso de Colon, apresuráronse á enviarle orden de que se presentase en aquella ciudad.

Todo el viaje del ilustre marino fue una continuada ovacion, y el recibimiento que se le hizo en Barcelona debió ser magnífico, teniendo en cuenta la alegría que su vuelta había de causar, y la admiración que debieron producir los presentes que traía á sus Reyes.

Varios indios con sus estraños trajes, aves de variado plumaje y otros productos de aquellas desconocidas regiones, constituyeron aquellos, y las gentes se agolpaban por doquiera para contemplar aquellas maravillas.

De las fiestas hechas en Barcelona con este motivo no nos ha quedado noticia alguna, siendo esto tanto mas de estrañar cuando se han conservado dietarios de fechas mas anteriores.



TENTATIVA DE ASESINATO DEL REY D. FERNANDO EN BARCELONA.